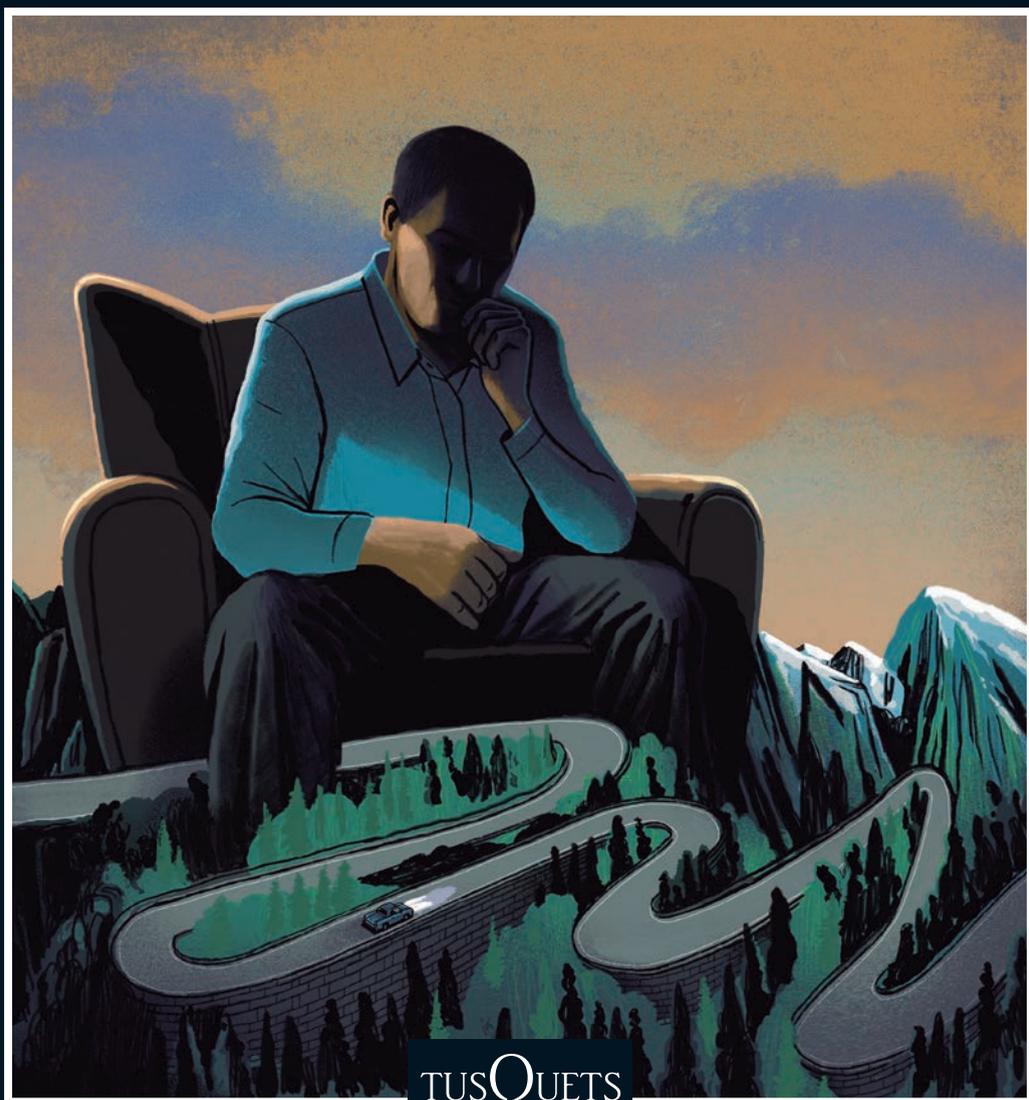


Friedrich Dürrenmatt

EL JUEZ Y SU VERDUGO

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

FRIEDRICH DÜRRENMATT
EL JUEZ Y SU VERDUGO

Traducción de Juan José del Solar

TUSQUETS
EDITORES

Título original: *Der Richter und sein Henker*

1.ª edición en esta presentación: enero de 2021

© 1985 by Diogenes Verlag AG Zürich. Todos los derechos reservados.
(Primera edición: 1952)

© de la traducción: Juan José del Solar, 1989
Diseño de la colección: Guillemot-Navares
Reservados todos los derechos de esta edición para
Tusquets Editores, S.A. – Av. Diagonal, 662-664 – 08034 Barcelona
www.tusquetseditores.com
ISBN: 978-84-9066-895-5
Depósito legal: B. 20.950-2020
Fotocomposición: Realización Tusquets Editores
Impresión y encuadernación: Black Print
Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

Capítulo primero

Alphons Clenin, el agente de policía de Twann, encontró, la mañana del 3 de noviembre de 1948, un Mercedes azul aparcado en la cuneta de la carretera, allí donde el camino de Lamboing (una de las aldeas de Tessenberg) sale del bosque de la quebrada de Twannbach. Había niebla, algo muy frecuente en aquel otoño tardío, y la verdad es que Clenin ya había pasado junto al coche cuando decidió volver sobre sus pasos. Tras haber lanzado, al pasar, una fugaz mirada por los cristales turbios del automóvil tuvo la impresión de que el conductor yacía sobre el volante. Creyó que el hombre estaba borracho, pues como persona amante del orden pensó en lo más inmediato. Por eso no quiso acercarse al forastero como funcionario, sino como hombre. Se aproximó al coche con la intención de despertar al durmiente, conducirlo a Twann y rea-

nimarlo en el hotel Bären con un café bien cargado y una sopa de sémola, pues si bien estaba prohibido conducir en estado de embriaguez, no lo estaba dormir, borracho, en un automóvil aparcado en la cuneta de la carretera. Clenin abrió la portezuela y puso paternalmente su mano sobre el hombro del forastero. Pero en ese mismo instante se dio cuenta de que el hombre estaba muerto. Un balazo le había atravesado las sienas. También advirtió Clenin que la portezuela derecha estaba abierta. En el coche no había mucha sangre, y el abrigo gris oscuro del cadáver ni siquiera parecía manchado. Por el bolsillo asomaba, reluciente, el borde de una cartera amarilla. Clenin la sacó y pudo comprobar sin esfuerzo que el muerto era Ulrich Schmied, teniente de policía de la ciudad de Berna.

Clenin no supo muy bien qué hacer. Como policía de pueblo nunca se había enfrentado a un caso tan sangriento. Empezó a ir de un lado a otro por el borde de la carretera. Cuando el sol naciente atravesó la capa de niebla e iluminó al muerto, el espectáculo le resultó desagradable. Volvió al coche, recogió el sombrero de fieltro gris que yacía a los pies del cadáver y se lo encasquetó a este tan hondo que ya no pudo ver la herida de las sienas; entonces se sintió mejor.

El policía regresó al otro lado de la carretera, el que miraba hacia Twann, y se secó el sudor de la frente. Luego tomó una decisión. Empujó al muerto al otro asiento delantero, lo sentó cuidadosamente erguido, sujetó el cuerpo inanimado con una correa de cuero que encontró en el interior del coche y se sentó al volante.

El motor no funcionaba, pero Clenin consiguió, sin mayor esfuerzo, bajar el coche por el empinado camino que llevaba a Twann hasta el hotel Bären. Allí repostó gasolina sin que nadie se diera cuenta de que aquella figura inmóvil y distinguida era un muerto. Para Clenin, que odiaba el escándalo, era lo único correcto, y por eso guardó silencio.

Pero cuando avanzó bordeando el lago en dirección a Biel, la niebla se espesó de nuevo y ocultó el sol. La mañana se oscureció como el día del Juicio Final. Clenin recaló en medio de una larga hilera de automóviles, un coche tras otro, que por alguna inexplicable razón avanzaban más despacio de lo que aquella niebla exigía; casi un cortejo fúnebre, pensó involuntariamente el agente. Inmóvil, el muerto iba sentado junto a él y solo a ratos, en algún desnivel del camino, asentía con la cabeza como un anciano sabio chino, por lo

que Clenin se atrevía cada vez menos a adelantar a otros coches. Llegaron a Biel con gran retraso.

Mientras iniciaban la investigación desde Biel, en Berna comunicaron el triste hallazgo al comisario Bärlach, que había sido jefe del difunto.

Bärlach había vivido largo tiempo en el extranjero y había destacado como criminalista en Constantinopla y luego en Alemania. Al final estuvo al frente de la policía criminal en Frankfurt am Main, pero ya en 1933 volvió a su ciudad natal. El motivo del regreso no fue su amor a Berna, a la que a menudo llamaba su tumba dorada, sino una bofetada que le propinó a un alto funcionario del nuevo Gobierno alemán. En Frankfurt se comentó entonces mucho ese acto de violencia, y en Berna fue valorado según el estado de la política europea, primero como algo indignante, luego como un acto condenable, aunque comprensible, y por último como la única actitud posible para un suizo, aunque esto solo en 1945.

Lo primero que hizo Bärlach en el caso Schmied fue ordenar que el asunto se tratara en absoluto secreto los primeros días, una orden que solo consiguió imponer haciendo gala de toda su personalidad. «Se sabe demasiado poco, y los perió-

dicos son lo más superfluo que se ha inventado en los últimos dos mil años», fue su comentario.

Aparentemente, Bärlach esperaba mucho de esta actuación secreta, a diferencia de su «jefe», el doctor Lucius Lutz, que impartía la cátedra de criminología en la universidad. Este funcionario, en cuya estirpe bernesa había incidido beneficiosamente un tío rico de Basilea, acababa de regresar de una visita a la policía de Nueva York y de Chicago, y estaba conmovido por «el estado prehistórico de la defensa contra la delincuencia en la capital federal suiza», como le dijo abiertamente al jefe de la policía, Freiburger, mientras volvían juntos en tranvía a sus casas.

Esa misma mañana, y tras haber telefonado otra vez a Biel, Bärlach se dirigió a casa de la familia Schönler, en la Bantigerstrasse, donde había vivido Schmied. Bajó a pie por la ciudad antigua y atravesó el puente Nydegg, como lo había hecho siempre, pues Berna era, en su opinión, una ciudad demasiado pequeña para coger «tranvías y cosas de esas».

Subió con cierta dificultad las escaleras de Haspel, pues ya tenía más de sesenta años y estos le

pesaban en momentos así, pero no tardó en encontrarse ante la casa de los Schönler y tocó el timbre.

Le abrió la misma señora Schönler, una mujer pequeña, gorda y no exenta de distinción, que lo hizo pasar enseguida, porque lo conocía.

—Anoche, Schmied tuvo que partir de viaje por trabajo —dijo Bärlach—; tuvo que marcharse de repente, y me pidió que le enviara algunas cosas. Le ruego que me conduzca a su habitación, señora Schönler.

La mujer asintió y ambos recorrieron el pasillo, pasando junto a un gran cuadro con un sólido marco dorado. Bärlach lo miró; era *La isla de los muertos*.

—¿Y dónde está el señor Schmied? —preguntó la rolliza señora al tiempo que abría la puerta de la habitación.

—En el extranjero —dijo Bärlach, mirando el techo.

La habitación quedaba en la planta baja, y por la puerta del jardín se veía un pequeño parque con viejos abetos de color marrón que debían de estar enfermos, pues el suelo aparecía cubierto por una espesa capa de pinochas. Sin duda, era la habitación más bonita de la casa. Bärlach se dirigió

al escritorio y miró en derredor. Sobre el diván vio una corbata del difunto.

—Seguro que el señor Schmied está en los trópicos, ¿verdad, señor Bärlach? —le preguntó la señora Schönler, curiosa. Bärlach se asustó un poco.

—No, no está en los trópicos, está más arriba. La señora Schönler abrió mucho los ojos y se dio una palmada en la cabeza.

—¡Dios mío! ¡En el Himalaya!

—Más o menos —dijo Bärlach—; ha estado usted a punto de adivinarlo.

Abrió una carpeta que había sobre el escritorio y se la puso inmediatamente bajo el brazo.

—¿Ha encontrado lo que tiene que enviarle a al señor Schmied?

—Así es.

Volvió a lanzar una ojeada alrededor, pero evitó mirar por segunda vez la corbata.

—Es el mejor inquilino que jamás hemos tenido, y nunca ha habido historias con mujeres ni nada que se le parezca —aseguró la señora Schönler.

Bärlach se encaminó a la puerta.

—Enviaré a algún funcionario o vendré yo mismo de vez en cuando. Schmied aún tiene aquí documentos importantes que quizá necesitemos.

—¿Me enviará el señor Schmied alguna postal desde el extranjero? —quiso saber aún la señora Schönler—. Mi hijo colecciona sellos.

Pero Bärlach arrugó la frente y, mientras miraba pensativamente a la mujer, lamentó:

—No creo, en esos viajes de servicio la gente no suele enviar postales. Está prohibido.

La señora Schönler se dio otra palmada en la cabeza y dijo en tono desesperado:

—¡Qué no prohibirá la policía!

Bärlach se marchó, contento de alejarse de esa casa.